

# RESEÑAS

Santos Granero, Fernando. *Esclavitud y utopía: las guerras y sueños de un transformador del mundo asháninka*. Lima: IEP, STRI, CAAAP, 2020.

## **Antropología histórica, memorias y liderazgo en la selva central: El curioso caso de José Carlos Tasorentsi**

*Esclavitud y utopía: las guerras y sueños de un transformador del mundo asháninka*, de Fernando Santos-Granero representa el primer esfuerzo etnohistórico por reconstruir la vida de un líder amazónico activo a inicios del siglo XX. Se trata de José Carlos Amaringo Chico, Tasorentsi, cuya larga trayectoria recorre medio siglo de la historia de los pueblos arawak de la selva central, así como las complejas relaciones que estos establecieron con la sociedad nacional peruana. En los capítulos que componen el texto aparecen narrados una serie de hechos y actores que han sido fundamentales en la construcción de este espacio regional: La Vía del Pichis —el primer proyecto transoceánico del Estado republicano—, patrones caucheros, levantamientos indígenas, misiones adventistas, colonización nacionalista e inmigración agrícola.

Fernando Santos señala que Tasorentsi fue, probablemente, el más importante líder asháninka del siglo XX. Un líder que debió enfrentar, a lo largo de su vida, la presencia de diversos actores externos dentro del territorio tradicional de su pueblo. Empero, fue el auge de la goma el inicio de una serie de hechos que terminaron por transformar las relaciones que, hasta entonces, habían establecido las familias asháninkas con otros grupos étnicos y los patrones locales.

El texto empieza con una necesaria reflexión metodológica que invita al diálogo entre historiadores y antropólogos interesados en reconstruir la historia indígena en los territorios de frontera amazónica, a partir del uso complementario de fuentes documentales y la memoria oral. Es también una apuesta por transitar hacia préstamos instrumentales

y a cuestionar los sesgos y “verdades” en los que, por lo general, hemos venido construyendo las narrativas científicas de nuestras disciplinas, en relación a aspectos tales como la relevancia del trabajo de campo, el sentido de verdad de los testimonios orales y la necesidad o no de pensar la historia a partir de una linealidad de acontecimientos. De nuestro lado —hablo como historiador—, es preciso reconocer que por más que en la disciplina han ocurrido una serie de giros epistemológicos —desde la historia social a la microhistoria y, en la academia latinoamericana, la potencialidad de la historia oral—, seguimos desconfiando del valor de la oralidad de los llamados “pueblos sin historia”. Por otro lado, es cierto que los antropólogos comúnmente han sospechado del valor de la narrativa histórica, en la medida de que esta se basa en testimonios documentales cuya producción está marcada por sesgos coloniales que, en muchos casos, hacen ininteligible la comprensión de los sentidos no occidentales del tiempo. El autor propone el uso de la llamada “historia de refugio”, un ejercicio narrativo donde —más allá de la linealidad—, se resaltan hechos significativos, marcados en la memoria local o personal, sin la obsesión de comprobar empíricamente que tales acontecimientos “realmente ocurrieron”.

Así, el primer capítulo del libro inicia con el encuentro de nuestro personaje con Mieczysław Lepecky, militar polaco vinculado a los tardíos proyectos de inmigración planificada en la selva del Ucayali, a finales de la década de 1920. Este es el hito que define la trama del relato planteado por el autor y marca un quiebre en la propia existencia de Tasorensi, cuando deja atrás su etapa de líder guerrero y, probablemente, su prestigio como traficante de esclavos, para convertirse en un “juntador de gente”, es decir un predicador cercano a las misiones adventistas que, desde el Alto Perené, habían iniciado su expansión al resto del territorio asháninka.

Son extremadamente escasas las fuentes documentales que disponemos para reconstruir la experiencia de los líderes indígenas amazónicos de esta época. Al menos hasta que el éxito “civilizatorio” de los proyectos misioneros, el impacto de los programas de alfabetización del Instituto Lingüístico de Verano y las políticas reformistas del gobierno militar visibilizaron a estos actores. Hasta entonces, al margen de las pocas líneas que dejaron misioneros, viajeros o agentes estatales, las

más significativas descripciones que teníamos sobre líderes indígenas corresponden a aquellos que “salieron del bosque” para interactuar en la escena pública regional y nacional. Es el caso de los llamados “embajadores indígenas”, descritos en la prensa limeña desde el último tercio del siglo XIX. Ahora, no es de extrañar que el primer estudio etnohistórico de un líder indígena amazónico fuera el caso de un asháninka. Hay varias razones que explican este hecho: la ubicación de este pueblo en el territorio de montaña sobre el que, tempranamente, el gobierno nacional proyectó la “reconquista amazónica” hacia la década de 1840, dando inicio a una ingente producción literaria y visual sobre esta región selvática y su población. Pero también tiene que ver con los imaginarios que la sociedad peruana construyó sobre este grupo étnico: “chunchos” guerreros, sobrios y rebeldes, con una mezcla de atracción y temor, diametralmente opuesto al caso de sus vecinos, los yaneshas, cuya aparente “docilidad” ante los blancos, los hacía poco atractivos para la construcción de relatos y descripciones enmarcadas en los tópicos de la literatura misionera o de aventura.

El marco temporal de la vida de Tasorentsi tampoco nos es extraño. Fuera de los motivos que el autor destaca, en un esfuerzo por transitar de una “distante” historia de la frontera interna a una historia que se entrelaza con los procesos nacionales y globales, el contexto que va de fines del siglo XIX a la década de 1930 plantea un momento de transformación de las sociedades indígenas de la selva central, cuyas consecuencias políticas, sociales y culturales son evidentes hasta nuestros días.

Es justamente en este contexto que hace su aparición el adventismo en la selva central. Y se convierte en un factor clave para entender el proceso de transformación de Tasorentsi y, más adelante, para comprender la orientación que marca a las nuevas generaciones de líderes asháninkas. Las fuentes adventistas presentan una serie de tópicos al momento de describir la “transformación” de los sujetos evangelizados, especialmente en el caso de los “hombres fuertes” que transitan de un estado de perversión, enfermedad y muerte, a una condición de salvación y sanación. Esta visión, como bien señala Santos, entronca la teología adventista al universo cultural asháninka, donde lo espiritual y lo material son indisolubles. Así, no es inusual que los testimonios misioneros resalten

la conversión de “curacas, slave traders y brujos”. Es gracias a la simpatía y negociación que los misioneros lograron establecer con estos líderes políticos y espirituales indígenas, que el adventismo logra un crecimiento explosivo en las primeras décadas del siglo XX, tanto en la Amazonía, como anteriormente había ocurrido en el Altiplano peruano-boliviano.

Sin embargo, como se señala en el libro, Tasorentsi no encaja con la tipología del “buen líder converso”. Más bien, corresponde a otra clasificación: la del líder díscolo y rebelde, cuya lealtad a la obra misionera es siempre ambigua y controversial, que se rehúsa —según los testimonios misioneros— a “escapar del pecado” y las “viejas prácticas”. Es decir, líderes que optaron por mantener su autonomía frente a la misión, sin por ello perder el acceso a los bienes y servicios que esta ofrecía, cuestionando tempranamente la “competencia” espiritual y política que el proyecto misionero les significaba, así como la aculturación y las proscripciones dietéticas que el compromiso con la iglesia les exigía. En tal sentido, Tasorentsi no fue un caso único. Corresponde más bien a la primera de varias generaciones de líderes indígenas que aprendieron a negociar y a apropiarse de las herramientas y el discurso que los diferentes agentes de modernidad promovieron para la “civilización” de la frontera. Líderes que, en muchos casos, también atravesaron por crisis personales que les llevó a repensar sus identidades, renunciar a las lealtades y hábitos adquiridos, transitando hacia el retorno a una espiritualidad tradicional: el shamanismo y la sanación en base a las plantas. Saberes y prácticas que, innegablemente, fueron ahora leídos a la luz del mensaje adventista.

En este sentido, también es comprensible el olvido en el que cayó la figura de Tasorentsi. “Enterrado” en la memoria de los mayores en la medida que, ya entrados a la segunda mitad del siglo XX, su historia y modelo de rebeldía y liderazgo guerrero no parece corresponder al arquetipo del “buen jefe” que fue consolidándose en la región, cuando surgen jóvenes “líderes modernos” que supieron encaminar los intereses de su pueblo a las posibilidades que, desde entonces, pudo ofrecerles la sociedad mayor (monetarización y acceso a bienes, escuelas, salubridad y comercialización de productos). Demandas que, anota el autor, están tempranamente presentes en el discurso político de Tasorentsi desde su acercamiento y conversión al adventismo.

Una de las ideas fuerza que presenta el trabajo es el llamado “pacto cauchero”. Con este concepto se hace referencia a las negociaciones e intercambios establecidos entre líderes étnicos y patrones extractivistas durante el período del auge de la goma. La existencia de estos intercambios, deseados y vistos como beneficiosos desde la perspectiva indígena, nos exige quebrar la vieja mirada paternalista, presente en las reflexiones de académicos, en la legislación y en el activismo, que ha terminado invisibilizando la capacidad de agencia de los actores indígenas, en especial de sus “hombres fuertes”. La historia de Tasorentsi evidencia los indefinidos sentidos de pertenencia y difusas lealtades dentro de los cuales los líderes asháninkas de inicios del siglo XX construyeron y proyectaron su legitimidad política, tanto al interior como fuera de su colectivo étnico, por medio de una complicada trama de acciones y omisiones que dieron pie a conflictos interfamiliares y la endoguerra.

El buen puerto al que llega esta investigación expresa también la existencia de un conjunto de redes académicas amazonistas que han permitido al autor acceder a diferentes materiales etnográficos, documentales e impresos. Evidencia la importancia de las redes trasatlánticas de conocimiento que dialogan y, en este caso, han compartido generosamente sus experiencias, saberes y fuentes de información. Del otro lado, el texto debe gran parte de su data a los testimonios de sabios y líderes asháninkas, la mayor parte de ellos al igual que Tasorentsi, formados tempranamente en las misiones adventistas y, más adelante, curtidos en el apremiante proceso de lucha por la tierra y constitución de las comunidades nativas, hacia la década de 1960. Entre ellos, traigo a mi memoria con especial afecto el recuerdo de tres extraordinarios narradores, Carlos Pérez Shuma (Quirishari), Adolfo Gutiérrez (Churingaveni) y Enrique Casanto (Kivinaki) con quienes también pude compartir experiencias hace ya quince años, cuando me introduje torpemente al estudio de la historia y la memoria del pueblo asháninka y la iglesia adventista local.

Fuera de las críticas que podrían restar valor a un trabajo que se centra en reconstruir la experiencia de vida de un personaje —o traza la historia de un colectivo a partir de un individuo—, es evidente que la extraordinaria existencia de Tasorentsi nos permite, a la par de reconstruir

una parte de la historia de la región de la selva central peruana, historia que, a lo largo del siglo XX, estuvo trazada por conflictos, violencia y esperanzas de progreso y salvación, acercarnos a la memoria asháninka, marcada por los sueños de transformación en el que las narrativas cosmológicas que dieron orden al mundo indígena antes de la llegada de los “blancos”, terminaron hibridando con las nuevas creencias, evangélicas, nacionalistas y capitalistas. Donde la inminencia de la parusía y el “inicio del reino” no ha impedido a los creyentes asháninkas reafirmar sus aspiraciones a acceder a la educación formal, el control de su territorio, la liberación de diversas formas de dependencia laboral o económica y, más recientemente, a la reafirmación de su cultura e identidad étnica.

Como corresponde a una obra académica de esta envergadura, el libro plantea innovadoras posibilidades de exploración y despierta numerosas interrogantes que nos permitirán seguir bregando en la recuperación de las memorias y la construcción de una historia que entrelace a la sociedad asháninka, la selva central y la nación peruana.

Juan Carlos La Serna  
Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
 <https://orcid.org/0000-0002-0350-3709>